

María Angélica Alfonso B.

Larra y Ganivet ante España



AY en Larra y Ganivet una infancia adulta, una juventud ardorosa, una obra trascendente, una vida batalladora y una muerte trágica. En ellos toda diferencia se hace accidental y toda semejanza, profunda.

Pero es en sus obras donde encontramos el nexo mejor para identificarlos.

Recordemos que hay escritores cuyas obras no ejercieron ninguna influencia en su medio, a pesar de su estetismo y de su grandeza proverbial, como «Don Quijote en la España del siglo de oro, o como «Rojo y Negro» en la Francia del siglo XIX.

Larra y Ganivet se deben medir en relación al poder que tuvieron más allá de su ambiente y por haber sido representativos del pensamiento guardado por varias épocas. No ha de buscarse en ellos la perfección de la forma o el genio creador. Ni uno ni otro son cúspide del movimiento literario en que cronológicamente se ubican sus vidas. Pero el valor profético de sus palabras, la fresca solidez de sus pensamientos, son el vínculo que los actualiza en la hora todavía sangrienta de España, ligándolos en forma estrecha con la Gene-

ración del 98, que los ha llamado precursores y que les ha prolongado esas fugaces existencias: veintiocho años la de Larra; treinta y tres la de Ganivet, en una emocionada inmortalidad del espíritu.

He aquí a estos dos precursores, a cuyas tragedias íntimas nos hemos acercado sin prejuicios.

El padre de Larra llevó a su hijo a Francia y lo trajo de nuevo a España a los ocho años, ya iniciada su educación en la lengua francesa. Aquí ingresó al Instituto de San Antonio Abad y en poco tiempo re-adquirió su propio idioma. Como niño, él es dócil, concentrado, deseoso de saber y orgulloso de su capacidad intelectual; como adolescente, es un aventajado alumno de Leyes, que se destaca entre sus compañeros por una brillante aptitud para los estudios y una sólida cultura humanística. Ya no es una promesa: es un valor que se revela.

De súbito, se produce la explosión de un nuevo ser. Se vence la disciplina del tenaz estudiante, se acaba la sumisión del discípulo, se pierde el optimismo ¿Qué ha ocurrido? Los biógrafos hablan de un suceso familiar que trizó la personalidad del muchacho en plena adolescencia, y lo lanzó a una madurez taciturna, de cuya sombra surgió el irónico y amargo crítico periodístico llamado Fígaro.

Ese seudónimo sale de «Le Barbier de Seville» de Beaumarchais. Quizás le sedujeron a Mariano José de Larra esas palabras del personaje, en el acto I: «Je me presse de rire de tout, de peur d'être obligué d'en pleurer».

En «La Revista Española» se muestra demoledor contra España: «Si es señal de madurez en la fruta el estar caída, convengamos en que nuestra patria está más que madura, está pasada». Estas frases hieren

los oídos de sus contemporáneos; pero también los hacen reflexionar. Hay un público ansioso que devora los ardientes artículos de Figaro.

Así empieza la fugaz existencia de Larra, el periodista.

Media centuria más tarde encontramos en el grupo de Madrid, cuyo centro era la figura insigne de Unamuno, a un joven granadino sensible, introvertido, contrario a las fiestas y a los bailes, famoso por su espíritu de observación que la siguiente anécdota ilustra: —«Ud. es de Loja por el acento y Ud. de Granada por el modo de partir el pan»—. Frase con que reveló el lugar de procedencia de dos niñas, hasta ese momento madrileñas en la creencia de todos. Este joven es Angel Ganimet, el atormentado espíritu, hermano de Larra.

Ganimet se emparenta con Larra por el entronque francés que ambos tienen: uno, por su educación primera en Francia; el otro, por su sangre. En efecto, Ganimet descendía de un general francés, su abuelo, que se avecinó en la Península y se casó con una andaluza. La influencia francesa dió a ambos críticos ese cosmopolitismo literario que sería más tarde el punto de partida de la generación del 98, contra el tradicional españolismo y el exagerado nacionalismo, característicos en los escritores del siglo XVII, XVIII y XIX, a pesar de la fórmula italiana, francesa y alemana que se evidenció respectivamente en las tendencias de moda.

Como niño, Ganimet no gozó de las alegrías de la infancia: la fractura de una pierna lo dejó en una invalidez penosa, que se compensó con el desarrollo de una penetrante inteligencia crítica y observadora. Así, cuando él se instala en Madrid y se conecta con el gru-

po literario de su tiempo, esas cualidades que lo distinguían como un espíritu selecto en su infancia, le sirven de puente amistoso entre sus compañeros de letras. Y Unamuno pasa a ser uno de sus amigos predilectos, y el primero que recibe las confesiones amargas de Ganivet sobre la situación social, política, cultural y económica de España. Esas confesiones quedarían más tarde en sus libros en la forma de acabadas teorías.

Hasta aquí Larra y Ganivet en su niñez y en su juventud, como estudiantes y como escritores. ¿Hay algo más en sus vidas que importe una mayor conexión espiritual, determinante en sus obras? Veamos.

La vida sentimental de Larra no constituye el mismo éxito que sus artículos. Ha contraído, demasiado joven, matrimonio con doña Josefa Wetoret. No es feliz. Se hastía del hogar, se irrita en la presencia de su mujer, símbolo de esa mujer española devota, tonta y sin personalidad que él retrata en su artículo: «Casarse pronto y mal»: «No sabía gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una novela sentimental con la más desatinada afición que en el mundo se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba aria de vez en cuando»—. Posiblemente influye también el clima romántico. Se cruzaba entonces una tierra caldeada de imposibles. Para un romántico el amor doméstico no constituía un ideal. Se tenía una visión enfermiza de la vida. El abismo, la noche, el cementerio y la pasión arrastraban con su belleza tétrica. Larra, mortificado por el desamor y la decepción sentimental, se dedica a escribir con frenesí. Artículos de costumbres, artículos políticos, comentarios avanzados para su época en relación al teatro

romántico, y que revelan en él a un agudo conocedor de la Estética Literaria. Los éxitos de Larra en las letras llegan a su cúspide cuando el corazón de Fígaro se entrega a una nueva pasión amorosa. Lo clandestino y lo prohibido tiñen de romántico esplendor a estos amores culpables. En este fuego empieza a consumirse la vida fervorosa del mejor periodista romántico.

El destino amoroso de Gánivet es distinto. En una noche de Carnaval baila con una muchacha enmascarada, cuyos ojos bellísimos lo deslumbran. Por primera vez en su vida existe el romance para Gánivet, y la fiesta, la noche, la música y el aturdimiento general convierten a ese galán tímido en un audaz conquistador. El desenlace es novelesco. El engatusa a la muchacha y consigue llevarla a la casa de huésped donde el improvisado Don Juan vivía. Allí dan las cuatro de la mañana. La niña se asusta de la aventura. ¿Qué dirán sus padres, sus amigas? Pero tarde es ya para arrepentirse. Ella se queda esa noche con Gánivet y desde ese día es su mujer, la compañera de la corta y fecunda vida del granadino. Gánivet ha llegado al matrimonio después de una aventura. Larra llega a la aventura tras el matrimonio.

Gánivet pudo haber sido uno de esos hombres a quienes las dulzuras del hogar apartan de las inquietudes juveniles que los atormentaron antes. Pero en él ya había un compromiso imperativo con el grupo literario contemporáneo y con la posteridad. Sus críticas sobre la decadencia española, vertida en «Granada la Bella» y en el «Idearium Español» reflejan la amargura de Gánivet ante esa patria de la cual no puede sentirse orgulloso sino a través de su historia. Nada sino eso es España para Gánivet: una nación

sin presente y sin futuro, una nación histórica que vuelve los ojos hacia un ayer sospechoso de triunfos.

Agregóse a la decepción que era para él la península, una tragedia íntima, hogareña, que en cierta forma significó un derrumbe mental en el espíritu sensible de Ganivet. Su hijita sufrió una enfermedad repentina y murió. El padre veía en todas partes a su hijita muerta; hasta la hizo desenterrar en una ocasión, porque tuvo la extraña ocurrencia de que la criada la había envenenado. ¡Desesperación del hombre ante su impotencia frente a los designios de la naturaleza!

Así, con espíritu dolorido por la patria decadente, y con el corazón destrozado por una angustia de hombre, inicia Ganivet su trayectoria diplomática. Esos viajes son quizás un lenitivo a su dolor, pero también sirven para darle una nueva visión de España con puntos de comparación situados más allá de las fronteras. Y esta nueva visión no es en ningún sentido, optimista. Leamos, para comprobar esto, algunos fragmentos de sus «Cartas Finlandesas»: «En la reunión se hallaban dos señores viejos atraídos por la curiosidad, y tengo muy presente que el uno dijo: —Ese muchacho llegará a Ministro; me lo da el corazón.—¿En qué te fundas?—repuso el otro, porque yo creo que lo que está diciendo es una sarta de disparates. No importa; dice disparates; pero los dice bien, y además tiene una agilidad sorprendente para encararse en sitios altos; repito que Ministro tenemos».

Con esta ironía idéntica en el estilo se nos presentan, a una distancia de más de cincuenta años entre uno y otro, Larra y Ganivet. Ambos, críticos de la decadencia española; los dos, banderas tempranas de

la generación del 98, precursores de una crítica que se haría científica y universal en los ensayos de Unamuno, de Maetzu, de Ortega y Gasset.

Pero en esos momentos la tragedia ya estaba sobre ellos. Los amores de Larra, clandestinos y censurables, tomaron de pronto un giro extraño: la amante quiso acabar con esa situación que vino a parecerle inútil y falsa. En una última entrevista, violenta y definitiva, cortó con palabras crueles el apasionado romance que tanto había significado para Larra tras su decepción hogareña. Y Larra no se sintió capaz de sobrellevar esta nueva decepción. Quince días antes de esta escena, él había escrito con ocasión de la muerte de su amigo, el Conde Alange: «En la vida le esperaba el desengaño. La Fortuna le ha ofrecido antes la muerte. Eso es morir viviendo todavía». En esa fecha, ya Larra sabía que estaba perdida su batalla sentimental. En la noche del 13 de febrero de 1837, frente a un espejo, se dispara un tiro. No hacía quince minutos que la amante desdeñosa había salido de la casa de Larra en la calle Santa Clara de Madrid.

La tragedia de Ganimet ocurrió a mucha distancia del corrillo madrileño. Su mujer y su hijo venían desde España a verlo, cuando él era Cónsul en Riga, ciudad capital del estado de Letonia en el Báltico. Ganimet va al barco en un vaporcito. Ya se cruzan vapor y barco. En el espíritu de Ganimet algo se triza. Todo el desaliento de su vida hace crisis en ese instante: se lanza al agua para morir. Lo salvan. El se queja de este salvamento. Después se calma. Parece tranquilo, y la gente que lo rodea ve en su acción un arrebato momentáneo. ¡Cuán equivocados estaban! En un descuido de sus salvadores vuelve a lanzarse por la borda. Esta vez la muerte supo acogerlo.

La partida de defunción decía: «Falleció en Riga, ahogado, en estado irresponsable, a los treinta y tres años, el primero de diciembre de 1898».

Cerrado así el capítulo de sus vidas, la obra de ambos quedó en el escenario de la literatura española y de allí salió como una nueva vida, hecha con el material espiritual de sus ideas, y con la rica levadura de los tormentos humanos.

Dos teorías surgen de lo escrito por Larra y Ganivet. La del primero es idealista; la del segundo, materialista.

¿Por qué España es actualmente (en el siglo XIX), una nación débil?, se pregunta Larra, y en uno de sus artículos, aparecido en «El Español» del 18 de enero de 1836, bajo el título de «Literatura: rápida ojeada sobre la índole de la nuestra», Larra responde que la debilidad de España nace de que este país no se incorporó al movimiento de renovación intelectual iniciado con la Reforma. Para Fíguro, pues, España es decadente porque quedó rezagada espiritualmente al encerrarse en su intolerancia religiosa.

Ganivet achaca la ruina de España a la conquista de América, por la organización política y la restauración intelectual errada que hicieron los Reyes Católicos, sin acordarse de la restauración material, agrícola, industrial y comercial. Ese afán de unión religiosa a golpes de Inquisición no hubiera sido irreparable, si lo hubiera contrarrestado una buena política financiera. Pero la errónea fórmula administrativa de la España renacentista hirió de muerte al progreso peninsular e hizo caer estrepitosamente a ese gran Imperio donde nunca se ponía el sol.

Estas dos teorías sustentadas en forma vigorosa por Larra y Ganivet, sirvieron de inspiración a la genera-

ción del 98, una generación que Larra no conoció y de la cual Ganivet sólo tuvo la sospecha de que algún día podría existir. Por eso, las mismas preguntas inquietantes formuladas ante sus contemporáneos por Larra y Ganivet, han sido hoy día lanzadas por Azorín, Benavente, Baroja, Gómez de la Serna, Costa. Uno escribe: «No hay voluntad»; el otro: «No hay bondad»; el siguiente: «No hay ideal»; el cuarto: «No hay heroísmo»; el último: «No hay un hombre».

Toda esta generación está formada por audaces críticos de la situación española. Para ellos ya está el camino expedito. En el pasado los sustenta Larra; en su propia raíz los alimenta Ganivet. Ellos fueron los que se atrevieron a proclamar una verdad que puso en tela de juicio a la «Gran España», y en ese sentido fueron genios de la sinceridad, baluartes de un pensamiento al desnudo. Vivieron siempre ante España y nunca dejaron de juzgarla duramente. Y el suicidio de ambos fué como el del alto jefe militar ante el fracaso de su empresa heroica.

Dueños de una vida literaria que no alcanza quince años de labor, caben sin embargo en estas líneas profundas de Unamuno: «El genio es el que en pura personalidad se impersonaliza, el que llega a ser voz de un pueblo, el que acierta a decir lo que piensan todos, sin haber acertado a decirlo los que lo piensan».